

LA CEROLLERA

Hoy en día resulta anecdótico encontrar alguna olivera en el término de La Cerollera. Sin embargo aún podemos ver las ruinas de lo que fue el antiguo molino oleario que funcionó hasta el final de la última guerra civil española. La altitud de la mayor parte del término municipal, unido a las heladas intermitentes que se suceden cada cierto tiempo, y muy especialmente la de 1956, hicieron que finalmente las pocas oliveras que había en el municipio se arrancaran.



La Cerollera ha sido uno de los municipios donde el olivar ha ocupado una situación marginal a excepción de alguna partida muy concreta como la de Los Copons muy próxima al término municipal de La Ginebrosa. Allí, con una altitud que no sobrepasa los 700 metros de altitud, se aprovechaba la difícil orografía del terreno mediante estrechos bancales donde se extendía una discreta mancha de olivar.

Sin embargo, la helada de 1956 afectó severamente a todas las oliveras del área, tardando años en producir de nuevo, yermándose todas las fincas y produciéndose, en consecuencia, su abandono. En otras partes del Bajo Aragón esta helada marcó el éxodo de una gran parte de su población al suponer el olivo en muchas casas la única fuente de ingresos que se obtenía. En el caso de La Cerollera sus consecuencias serían menores debido a la escasa presencia del olivar en su término, y a los jornales que proporcionaban las minas de arcilla y de carbón ya que supondrían un importante ingreso con los que poder sostener la maltrecha economía local hasta finales de los años setenta.

En La Cerollera resultó habitual que para garantizarse el consumo de aceite, algunos de los vecinos compraran bancales de olivar en los términos cercanos de Belmonte o Torrevelilla hasta donde se desplazaban para cultivar sus campos. En otros casos participaban en las tareas de la recolección, estableciéndose durante las semanas que éstas se alargaban, una estrecha relación con los vecinos de aquellos pueblos que, en ocasiones, concluían con la creación de fuertes lazos de amistad e incluso en algunos casos, de relaciones familiares. Durante las largas semanas de recogida de la oliva, se establecían intensas relaciones de convivencia en los tajos. Las penalidades y la dureza de las jornadas se suplían con la alegría que proporcionaba la convivencia, donde eran frecuentes chistes, cuentos y chascarrillos, tratando de hacer más amena la faena. A la esperada hora de la comida era habitual alimentarse de una sardina de cubo y un puñado de olivas asadas en la hoguera, para calentarse las manos, así como echar unos buenos tragos de vino para hacer más llevadera la jornada.